

Amiéns. En 1139 la gran ciudad de Reims, la misma capital eclesiástica del reino, se contagia. El arzobispo, señor temporal poderoso, estaba poco dispuesto a limitar sus derechos. Fueron así precisas a los reimsenses dos circunstancias excepcionales, una prolongada vacante de la silla archiepiscopal y el concurso activo del rey Luis VII.

Estaba entonces el Capeto en guerra con el conde de Champaña; juzgó necesario afirmarse sólidamente en la provincia a expensas de los señores locales. Reims, la ciudad de la consagración, convertida en municipio, se erguía, como burguesía poderosa, enfrente del primado de las Galias. Indignó a la Iglesia universal tal escándalo y el Pontificado intervino. Luis VII, rara vez enérgico en sus decisiones y en sus actos, comenzó a arrepentirse de haber estimulado a aquellos burgueses. Su audacia le espantó: «Excedéis en todo, escribía a Reims, los límites de la municipalidad de Laón que os fué dada por modelo. Hacéis ingresar en vuestra comunidad, contra nuestra prohibición, los barrios y las aldeas de fuera. Arrebatáis a las iglesias sus rentas acostumbradas, ó prohibís a sus vasallos pagar los tributos. Disminuís ó destruís enteramente las libertades, las costumbres, las justicias de los canónigos de Nuestra Señora que están todavía en nuestra mano y no tienen otros defensores que nosotros. Habéis puesto a rescate a los alguaciles de esos canónigos, habéis aprisionado a muchos; algunos ni se atreven a salir de la iglesia por el miedo que les inspiráis.»

¡Advertencias inútiles! Inocencio II obligó al rey de Francia a usar de la fuerza: «Puesto que ha querido Dios que fueses elegido y consagrado rey para defender sus fueros y las libertades de sus ministros, te mandamos por esta carta apostólica, y te imponemos para la remisión de tus pecados, que disuelvas por tu real poderío las culpables asociaciones de los reimsenses, sus compañías, y que vuelvas a la Iglesia y la ciudad al estado de libertad de que gozaban en tiempo de tu padre, de excelsa memoria.» Había San Bernardo mismo denunciado a la vindicta de la Iglesia y de la realeza «la insolencia del pueblo reimsense.» ¿Qué podía el municipio contra tales enemigos? Los esfuerzos reunidos del cabildo, de un nuevo arzobispo y del conde de Champaña le hubieran bien pronto hecho desaparecer y para tiempo.

En aquella heroica edad del movimiento comunal, la burguesía no se contentaba con reducir su señor a la impotencia. Llegaba a veces hasta a suprimirlo. Los asesinos del obispo de Laón formaron escuela. El rey Luis VII concedió una carta comunal a los habitantes de Sens (1146). A instancias del abad de Saint-Pierre le Vif, la revocó tres años después. Estalló un motín formidable, derribaron los burgueses las puertas de la abadía y mataron al abad y a su sobrino que le defendía. La represión fué sangrienta: parte de los promovedores fueron precipitados de lo alto de una torre, y otros conducidos a París y decapitados. Los vecinos de Vezelai no habían esperado el ejemplo de Laón. Bastante antes de pensar en el municipio, habían asesinado a Artaud, su abad (1106).

Esta ciudad de Vezelai, llena de villanos enriquecidos por una peregrinación famosa y por el comercio que se hacía allí con Borgoña é Italia, era terreno abonado

para las agitaciones populares. En 1136 intentaron por primera vez establecer la comunidad y hacer entrar en ella a los labradores de la región. Fracasaron ante la resistencia vivísima de su abad, y sus tentativas, renovadas durante todo el siglo XII, no alcanzaron mejor resultado. Su desgracia fué buscar su apoyo en un gran señor vecino, el conde de Nevers, y no ser sino el instrumento del odio que sentía éste contra la abadía y sus jefes. Aliada a este perseguidor de la Iglesia, la municipalidad de Vezelai no llegó jamás a ser reconocida ni a vivir. Pero ¿cuántas otras, de que la historia nada nos ha dicho, lucharon y desaparecieron?

Los cronistas de Luis VII consagran tres líneas a la tentativa de los habitantes de Orleáns, sublevados «por causa de la comunidad» (1137), y al ejemplar castigo que impuso el rey de Francia a los cabezas de motín más comprometidos. El azar ha hecho descubrir hace veinte años un fragmento de Suger que revela un episodio histórico ignorado durante ocho siglos: el ensayo de comunidad realizado en Poitiers el año en que Luis VII fué proclamado rey. Poitiers no se limitó a conseguir su propia independencia: quiso emprender la tarea de extender la libertad a su alrededor. Formó con las otras ciudades y burgos del Poitou una federación urbana análoga a esas ligas de ciudades que representaron tan gran papel en la historia de Italia y de Alemania. Esta forma de acción popular, muy rara entre nosotros en que la burguesía procedía de ordinario aisladamente por sublevaciones locales y sucesivas, pareció más peligrosa. No querían los Capetos ciudades libres sobre su propio dominio, como no fueran las fundadas por ellos mismos, dejándolas un minimum de libertades. Luis el Joven obra con rapidez. Pone en pie un ejército de mercenarios, marcha sobre Poitiers, disuelve la municipalidad y obliga a los habitantes a renunciar al juramento que habían prestado. Los principales de entre ellos fueron amenazados con ver a sus hijos y sus hijas dispersos como rehenes por todos los ámbitos de Francia. El terror hizo desaparecer hasta el recuerdo mismo de la insurrección.

Mientras se establecía el régimen comunal en algunas provincias por el motín y la efusión de sangre, obtenían otras ciudades de su señor en plena paz cuanto ambicionar podían. Saint-Omer, Lille, Brujas, Gante, se hallaron emancipadas sin haber tenido necesidad de sacar de la lucha sus derechos y su independencia. Aquí no vino el apremio de la burguesía misma, sino de las circunstancias exteriores que forzaron al amo a ceder aquello que jamás habría abandonado en tiempo normal.

La muerte del conde de Flandes, Carlos de Dinamarca, que produjo en 1127 una guerra de sucesión y un interregno, feliz combinación de circunstancias favorables, fué el punto de partida de las libertades flamencas. Un enjambre de competidores se lanzó sobre el condado. El que de entre ellos fué por la fortuna favorecido desde luego, el normando Guillermo Clitón, juzgó que no le bastaba ser protegido del rey de Francia y agradable a la nobleza local. En un país en que abundaban las ciudades industriales y comerciales, le eran precisos los burgueses. Para conquistarlos, prodigó las reducciones y las exenciones de impuestos, reconociendo como legales los municipios que se habían constituido aprovechando el estado de anarquía. Una vez insu-

talado, probó volver sobre las concesiones hechas y violar las cartas otorgadas. Pero ya se ha visto que los burgueses resistieron y de acuerdo con el pequeño feudalismo substituyeron al perjurio uno de sus rivales, Thierry de Alsacia. Este, para recompensarlos y mantenerlos en su partido, se apresuró a confirmar las libertades conquistadas y a su vez colmó a las ciudades de privilegios de todas clases. El pueblo de Flandes las aceptó a dos manos; no tenía más trabajo que tomar lo que se le ofrecía, y con su tenacidad habitual guardó para siempre lo recibido.

Por la casi infinita variedad de sus formas y de sus efectos, la revolución comunal se parece a tantos otros acontecimientos importantes, que no podría encerrarse en una sola fórmula. He aquí lo que no comprendieron bien los historiadores de la restauración, demasiado inclinados a revestir de un color uniforme los conflictos producidos por las ciudades que reclamaban la autonomía. Es preciso dejar al movimiento comunalista el aspecto disparatado é incoherente bajo el cual realmente se presentó a los contemporáneos. Ora la comunidad se ceñía a los privilegios ya conquistados, ora transformaba sin transición una ciudad sierva en ciudad libre. Aquí procedía por la revolución y el motín; allá, favorecida por las circunstancias, daba sin riesgo alguno a los burgueses las libertades administrativas y políticas más completas. En algunas partes se estableció el nuevo régimen a exclusivo beneficio de la aristocracia comercial; en otras favoreció desde el principio a los elementos inferiores de la burguesía. Ante este fenómeno, «ondulante y diverso,» se comprende la sorpresa y la indecisión de las potencias feudales y de la realeza, las fluctuaciones y las inconsecuencias de su política en sus relaciones con las ciudades. Pero cualquiera que fuese la diversidad de las causas y de los resultados, la agitación de la burguesía acabó en su conjunto con un éxito.

La importancia de la victoria popular no se mide sólo por sus consecuencias inmediatas. La extensión y profundidad de un movimiento que alcanzó a la vez todas nuestras provincias, como si labradores y burgueses hubiesen en todas partes obedecido a una orden; esta especie de contagio que se extendía de ciudad en ciudad, de aldea en aldea y que creaba en la misma región el mismo tipo de constitución urbana; las innumerables formas del municipio emancipado correspondiendo a los diversos grados del privilegio, todas esas manifestaciones de la vida y la energía de los pequeños y de los humildes, tuvieron por efecto conmover la sociedad feudal hasta sus cimientos. Al lado de la Iglesia, de la realeza y del feudalismo había surgido una cuarta fuerza política. El primitivo marco se rompía poco a poco.

¿Qué decir de las remotas consecuencias de esta revolución, del cambio radical que iba a operar en las ideas y en las costumbres?

El espíritu laico, tan opuesto a los principios y a los hechos sobre que reposaba la Edad media, encontró en los medios urbanos el terreno más favorable a su desarrollo. Pues las ciudades, para libertarse, entraron en lucha sobre todo con los obispos, los abades, los cabildos; afrontaron los anatemas de los papas; no pudieron engrandecerse sino a costa de las potencias locales y generales de la Iglesia. Por la burguesía emancipada llegó el espíritu laico a modificar de arriba abajo, no sólo

el carácter de los poderes públicos y de las relaciones sociales, sino hasta la literatura y la vida intelectual del país.

Otra idea, la de la igualdad de las clases, era irreconciliable con un sistema de sociedad que privilegiaba al noble y al sacerdote. Se la halló, sin embargo, en el fondo de la emancipación burguesa, puesto que las ciudades libres no eran sino conjuntos de siervos transformados en señores y llamados a tomar puesto en la jerarquía de los Estados. El burgués se igualaba así al propietario feudal; el pueblo se elevaba a la independencia política. Es verdad que el espíritu cristiano tendía ya a nivelar las condiciones humanas, reclutándose la Iglesia en todas las capas de la sociedad. Pero era preciso ese suceso estrepitoso, casi increíble, el villano convertido en soberano é investido de los derechos señoriales, para que la idea se abriese paso é impresionara a la muchedumbre. Jamás se cometió atentado más grave contra una de las más duras aristocracias de que la historia guarda recuerdo.

## CAPÍTULO VII

### LA OPOSICIÓN RELIGIOSA Y FILOSÓFICA

I. Las herejías.—II. La teología y la escolástica.—III. Los realistas.—IV. Los antirrealistas.—V. La reacción contra la escolástica.—VI. Pedro Abelardo.

#### I.—Las herejías (1)

Mientras los altos señores, el rey y el pueblo embestían al régimen político y social del feudalismo, el conjunto de las instituciones intelectuales y religiosas que eran su sostén sufría igualmente los ataques de un espíritu nuevo. El edificio católico de la Edad media comenzaba a ser conmovido a la vez por la herejía creciente y por los atrevimientos de la filosofía aplicada a los estudios teológicos.

Durante la mayor parte del siglo XI no se había sentido la Iglesia gravemente amenazada por los innovadores que rechazaban su dogma y su dominación espiritual. Pero la época de la cruzada y de los municipios vió tentativas más peligrosas. La oposición herética mejor caracterizada y más general creó un peligro bastante serio para conmover a los representantes de la fe y obligarles a adoptar medidas de defensa contra el enemigo. Produjéronse los ataques, por otra parte, bajo dos formas. En ciertos focos de herejía, el *catharismo*, tal como lo hemos definido más arriba, es aceptado y practicado rigurosamente. Es una verdadera religión que intenta substituir a la antigua. Además la disidencia toma, sobre todo, el carácter de una negación. Se rechaza de la organización católica todo lo que parece estar en contradicción con la sencillez y la moralidad de la Iglesia primitiva, la de los apóstoles. Se rebela contra los sacramentos y el dogma de la presencia real, contra la *idolatría* del culto de los santos y de las reliquias, contra la jerarquía sacerdotal y los vínculos mundanos con que se ha sujetado el clero. Esta categoría de contrarios no quiere destruir la Iglesia, sino purificarla, vol-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Véase las publicaciones citadas más arriba, página 192.

verla á sus orígenes, y pretende, como los sectarios del catharismo, inspirarse directamente en el Espíritu Santo.

¿A cuál de esas dos especies de herejes pertenecían los hombres de que vamos á hablar? ¿Eran maniqueos ó cristianos reformadores? No es fácil saberlo. En todo caso la ortodoxia del siglo XII no se tomó el trabajo de distinguirlos. Encontró más sencillo y más seguro excomulgarlos en conjunto.

Entre 1108 y 1126 dos labriegos de la región de Soissons, Evrard y Clemente, comparecieron ante el obispo Lisiard, acusados de maniqueísmo y de reuniones criminales. ¡Singulares herejes! Cuando se les pregunta sobre sus doctrinas, responden que sus creencias son las de los obispos y rehusan agregar una sola palabra. Como los jueces dudan si se trata de culpables, es uno de los desgraciados sometido á la prueba del juicio de Dios por el agua fría. Echado en la cuba, sobrenada. El obispo le condena á prisión lo mismo que á otras dos personas sospechosas, arrestadas durante la sesión entre la muchedumbre. Pero ésta, descontenta, fuerza las puertas de la prisión, saca de ella á los herejes ó pretendidos tales y los quema vivos fuera de los muros de la ciudad.

Algunas partes de Champaña, los cantones de Vertus y de Dormans, parecen más seriamente comprometidos. La herejía que se señaló allí ya al comienzo del siglo XI se vuelve á hallar, cien años más tarde, en auge hasta el punto de extenderse desde allí por toda la Francia del Norte y sobre todo en Lorena. El castillo de Montwimer, cerca de Vertus, habría sido el punto de partida (1145) de esta secta de los *Apostólicos*, que reprimieron los clérigos de Lieja y de Colonia y contra la cual combatió vivamente San Bernardo. Fué reclutada en su mayoría entre los obreros tejedores de ambos sexos; pero se hallaban allí también clérigos y monjes que, para no ser reconocidos (al decir del abad de Claraval), se habían dejado crecer cabellos y barba. Pretendían los apostólicos reconstituir la Iglesia del tiempo de los apóstoles, suprimiendo por consecuencia papa y obispos; rechazaban los sacramentos, el bautismo de los niños, los dogmas del purgatorio y de la presencia real, el culto de los santos y hacían voto de pobreza y de continencia. San Bernardo no vacila, sin embargo, en acusarlos de inmoralidad. La abstinencia de leche y carne, único indicio que puede invocar, no es bastante para probar que pertenecían realmente á la religión dualista. Seguramente la mayor parte de los apostólicos se mantuvieron firmes en su fe.

San Bernardo los considera como aldeanos de inteligencia limitada á quien no puede hacerse entender nada. «A estas gentes, dice, no se las convence por medio de razones, no las comprenden; no se las corrige por medio de autoridades, no las aceptan; no se las conmueve por la persuasión, están endurecidos. La prueba está hecha; prefieren morir á convertirse. Lo que las aguarda es la hoguera.» Conducidos ante el tribunal eclesiástico de Cologne abjuraron algunos; otros se obstinaron en negar las acusaciones de que eran objeto. Se hizo á éstos sufrir el juicio de Dios por el agua fría, lo que, lejos de promover su sumisión, excitó su constancia. Solicitaron un debate público y contradictorio entre sus doctores y los de la iglesia ortodoxa. Guar-

dóse bien ésta, sin duda, de otorgárselo. Se contentó con predicarles la vuelta á la verdadera doctrina y excitarles á abjurar. Cansado de estas dilaciones el pueblo de Cologne, hizo lo que el de Soissons. Arrebató á la justicia los herejes y terminó el debate quemándolos. Como admirase el heroísmo con que soportaron el suplicio: «Simple efecto de su endurecimiento, respondió San Bernardo; el diablo es quien les inspira esa fortaleza, como dió á Judas la de ahorcarse. No ha hecho aquí el pueblo otra cosa que falsos mártires, mártires de perfidia.» El abad de Claraval añadió, verdad es que era necesario: «En esto el pueblo de Cologne ha rebasado la medida. Aprobamos su celo, pero no alabamos lo que ha hecho. La fe es obra de persuasión, no se la impone.»

Bretaña, terreno favorable á los iluminados, produjo hacia la misma época (1148) la extraña manifestación de Eude ó Eón de la Estrella, un loco, más que un hereje. Su misión religiosa se fundaba en un juego de palabras. Este desgraciado, descendiente de una familia noble, oyendo incesantemente cantar en su iglesia: *Per eum qui venturus est judicare vivos et mortuos*, se imaginó que *eum* era su nombre y que él era el hijo de Dios llamado á juzgar á todos los hombres. Recorrió el país en tal calidad, rodeado de adeptos que llamaba sus ángeles ó sus apóstoles y seguido de una multitud que engrosaba de día en día. Los tontos y los ignorantes acabaron por creer realmente que era el Cristo. Eón de la Estrella iba á la cabeza de una partida de ladrones que saqueaban por donde pasaban casas y monasterios, y se entregaban á inverosímiles orgías. Se intenta cogerle, se le alcanza; pero escapa siempre, favorecido sin duda por la complicidad del labrador. Al fin, un obispo de Bretaña consigue capturarlo con sus principales lugartenientes y lo envía al concilio de Reims.

Era esto hacerle demasiado honor. «¿Quién sois?, le preguntó el papa Eugenio III.—Soy, respondió Eón, el que debe juzgar á los vivos y á los muertos, el hijo del mismo Dios.» Estaba de pie en la sala, apoyado en un bastón ahorquillado. «¿Por qué lleváis ese bastón?—Es un gran misterio, dijo el inculpado. Cuando las dos puntas de este bastón miran hacia la bóveda celeste, tiene Dios en su poder los dos tercios del mundo y me deja el otro tercio. Cuando miran á la tierra, ocurre lo contrario: los dos tercios del mundo están en mi poder.» Comprendió el concilio con qué clase de espíritu se las había. Se contentó con hacer encerrar á Eón en las prisiones del arzobispado de Reims, donde murió poco tiempo después, y envió entretanto al suplicio á los malvados que habían explotado su locura.

Ninguna relación existe entre ese visionario y los herejes Enrique de Lausanne y Pedro de Bruis. Estos dos hombres fueron verdaderos reformadores, clérigos instruidos, que innovaron con una lógica indiscutible en el mismo sentido que los apostólicos de Champaña. No existe prueba alguna directa de su afiliación á la religión dualista; pero su sistema de negación y de eliminación, muy semejante al de los maniqueos, no preparó menos la Francia del Mediodía á la creencia y á la moral del catharismo albigense.

La Provenza, las diócesis de Arlés y de Embrún fueron el primer teatro de las predicaciones de Pedro de Bruis. Su doctrina, conocida sólo por una carta de

uno de sus adversarios, el abad de Cluni, Pedro *el Venerable*, puede resumirse en algunas líneas. Inutilidad del bautismo para los niños que no tienen la edad de razón. Inutilidad de las iglesias: los cristianos no tienen necesidad de lugares consagrados para orar, pues Dios está en todas partes. Proscripción de las cruces: es preciso destruirlas ó quemarlas, pues recuerdan el odioso instrumento del suplicio de Cristo y no merecen ni adoración ni homenaje. Negación de la presencia real en la Eucaristía y abolición del sacrificio de la misa, que carece de valor, mucho menos como símbolo del sacrificio de la Cruz. En fin, negación de la eficacia de las obras de los vivos para asegurar la salvación de los muertos. Parece que Pedro de Bruis no se contentó con la teoría; por todas partes por donde pasaba hacía encender hogueras donde se arrojaran las cruces; hacía cocer carne hasta en Viernes Santo, y ordenaba á sus fieles que la comieran con él. Expulsado de la Provenza y luego de la Narbonense, se refugió en el Langüedoc y en los límites de la Gascuña, en Tolosa mismo, donde sus prosélitos fueron numerosos. Un día fué preso en Saint-Gilles por los ortodoxos indignados y quemado vivo (1139-1143). Pero Enrique de Lausanne, su discípulo, debía desarrollar su enseñanza y continuar la obra interrumpida.

Este, como tantos otros reformadores de aquel tiempo, había comenzado por ser ermitaño; pero dejó la soledad para abrazar la existencia de predicador nómada, más apropiada á su temperamento y á sus gustos. Se le vió desde luego en Borgoña y en Suiza, sobre todo en el país de Lausanne, llevando luenga barba, desnudos los pies, cubierto con vestidos miserables, viviendo de limosnas, durmiendo al borde de los caminos ó bajo los pórticos de los templos. Queriendo volver la Iglesia al tiempo primitivo, le era preciso recorrer el mundo como lo habían hecho los apóstoles y dar ejemplo de pobreza. Este ideal de la mayor parte de los innovadores monásticos del siglo XII será también el de los hombres que en el XIII instituirán las órdenes mendicantes.

Seducidos por su fisonomía, sus ojos vivos y una elocuencia natural, los discípulos acudieron en multitud. Se extendió el rumor de que tenía el don profético y un poder de doble vista que le permitía penetrar hasta los más íntimos repliegues de las conciencias. Nada escapaba á esta penetración maravillosa; la sola presencia del penitente le revelaba las faltas mejor disimuladas. Las osadías de su predicación le impidieron permanecer en Lausanne; ignoramos en qué condiciones abandonó Suiza, pero ciertamente la Iglesia no le consideraba aún como un enemigo. Cuando se decidió á venir á Francia, hizo pedir al obispo del Mans, al célebre Hildeberto de Lavardin, la autorización de evangelizar su pueblo. Hildeberto, que salía para un viaje á Roma, se apresuró á concedérsela y hasta recomendó á sus archidiaconos que favorecieran su apostolado, muy lejos de pensar que encerraba «un lobo rapaz» en su redil.

El éxito de la misión excedió á lo que podía imaginarse. Las iglesias eran pequeñas para el predicador: fué preciso levantarle un púlpito al aire libre. La admiración, el arrebató llegaron al vértigo. Enrique predicaba contra la inmoralidad del clero y de los obispos, contra los excesos de la Iglesia feudal, contra las tendencias materiales del culto y de sus prácticas. Ad-

quirió sobre el pueblo tal ascendiente, que llegó éste á odiar á un sacerdote que no siempre daba buen ejemplo. Los clérigos de Mans no podían ni mostrarse en público sin ser ultrajados, silbados, perseguidos á pedradas. Se insultaba á sus domésticos, se rehusaba venderles objetos de primera necesidad. Si el conde del Maine no interviene, habría el populacho destruido ó quemado las casas de ciertos canónigos. Enrique y sus discípulos habían concluido por hacerse completamente dueños de dos iglesias, la de San Germán y la de San Vicente. Ocurrían en ellas, si hemos de creer el testimonio apasionado del cronista episcopal, escenas de una inmoralidad que sublevaba. Pero no olvidemos que fué tradicional en la Edad media acusar de libertinaje nocturno á todas las sectas que rompían con la creencia general y dar como axioma que un hereje no podía ser hombre de bien.

Sin embargo, una tal crisis no podía ser de larga duración. Los ortodoxos del Mans decidieron que tres miembros del cabildo entraran en lid con el innovador. Presentáronse para argumentar; pero la multitud se lanzó sobre ellos, los golpeó, los echó á rodar sobre inmundicias. ¡Quién sabe lo que de ellos hubiera sido si el conde y los nobles no les hubiesen facilitado los medios de esconderse! No pudiendo acercarse al todopoderoso misionero, hicieron los clérigos llegar á él una carta, violenta requisitoria en la que en substancia decían: «Has sembrado la discordia entre el pueblo y el clero, excitado entre nosotros las sediciones y los tumultos, osado tratarnos públicamente de herejes, y, lo que es peor, no has cesado de enseñar las cosas más contrarias á la fe católica. Nosotros te prohibimos predicar en adelante en esta diócesis y celebrar reuniones públicas ó privadas, bajo pena de excomunión.» Enrique no se dignó ni siquiera mirar esta carta. El canónigo que la llevó leyóla en alta voz. Enrique volvió la cabeza en signo de denegación y respondió: «Tú mientes, tú mientes.» Sin la presencia de un oficial del conde, el lector habría vuelto difícilmente sano y salvo á su casa.

Preséntase en esto el obispo Hildeberto, de vuelta de su viaje (un poco tarde), á las puertas de su ciudad, dando á los fieles la bendición episcopal. Es muy mal acogido. Se rehuía su bendición. «No queremos ir por tu camino; le gritan, no deseamos ser bendecidos. Bendice el barro, si quieres. Tenemos nuestro padre, nuestro pontífice, nuestro protector, que te gana en autoridad, en honorabilidad, en ciencia. Tus clérigos inicuos le odian, detestan su persona y sus doctrinas y le rechazan como sacrilego. Temen que este profeta denuncie sus crímenes, su herejía y la incontinencia de sus cuerpos. Todo esto caerá sobre la cabeza de los audaces que quieren ahogar la voz del santo y oponerse á la palabra divina.» Soporta el obispo las injurias con paciencia, y al cabo de algunos días solicita una entrevista al misionero. Le hace las preguntas más sencillas sobre la disciplina eclesiástica, sobre las plegarias del oficio diario. Según la crónica del obispado, no encontrando Enrique nada que responder, confesó su ignorancia absoluta y se retiró lleno de confusión. El obispo victorioso le prohibió la estancia en Mans, y el hereje dejó en efecto la ciudad para ir «á llevar á otra parte la confusión é infestar con su viperino aliento otro país y otro pueblo.»